

AROMAS DE TORRECIUDAD

Allí se encuentra
De ermita a santuario
Ecología profunda
En los ojos de la Virgen
Contigo quiero ser
Cristo vivo en la cruz
El tiempo en tu mirada
Me miras
Vivencias de un peregrino

Allí se encuentra

Donde ondea una torre su lucero
como cirio encendido por la orilla,
y en los ojos azules del romero
la mirada de Dios se hace semilla.

Donde sube curioso el forastero
por los riscos del Grado y Secastilla,
y en un salto de fe vuelve al sendero
porque su alma zaquea se arrodilla.

Donde el Monte Perdido allí se encuentra
tras quitarse las nubes de los ojos,
mojados de perdón, incluso rojos.

Donde el gozo en familia se concentra
en colores de misma santidad...,
seguramente está en Torreciudad.

De ermita a santuario

En el margen izquierdo de la aurora
donde el Cinca descansa su calvario
se erige medieval un campanario,
una torre, ciudad de una Señora.

Allí voló la fe, madre que implora,
recordando Caná, pero al contrario:
que a su hijo cambiara el calendario
porque había llegado ya su hora.

Cuánto amor a ese niño le tendría
que la Virgen curó a Josemaría,
y él fue para Ella su rosario.

Y la ermita encumbrada en Santuario
por la fe de sus hijos en ladrillo,
olor de santidad y de tomillo.

Ecología profunda

Torreiedad, mil años de experiencia
de la respiración más honda y pura
donde el soplo de Dios aún perdura
y en silencio despierta la conciencia.

Aquí la ecología, la decencia,
el ver mínimamente la basura,
sufrir por el pecado mal de altura,
reconocerse niño en la inocencia.

El aire de romero besa lento
el rostro de las piedras y el cimiento
del santuario humano, el corazón.

Y allí recuerda Adán su condición,
si enterra la inmundicia penitente
y el olor de su hogar se hace presente.

En los ojos de la Virgen

Solemne sencillez de señoría
por el Sol en el álamo dorada,
nos muestras a tu Hijo como guía
y recibes la flor de la mirada.

Al contemplar tus ojos, Madre mía,
románicas ventanas de alborada,
quisiera percibir por simpatía
la voluntad de Dios enamorada.

Oculto en mi raíz ansia de cielo,
las ramas de mis ojos van de vuelo
y sienten, como estrellas, hoy Su luz.

Icono que recorres mi explanada,
ya no salgas de mí, de mi jornada.
Contigo seré fiel, hasta en la cruz.

Contigo quiero ser

La torre es un mojón en el camino,
sublime invitación a la parada,
una necesidad de la mirada,
un dedo que señala a lo divino.

Aquí el halcón se llega peregrino,
asoma su pregunta en la explanada
y mirando da vueltas, quizá nada,
o tal vez jubiloso halle destino.

Yo quisiera, Señora del lugar,
ser la sombra de un ángel, un vencejo
que reza vertical en tu cortejo,

y en mil veces de ir y regresar
construye un santuario familiar
con ladrillos de amor y tu consejo.

Cristo vivo en la cruz

Cristo vivo en la cruz, amor ileso,
sin dolor, sin rasguño, sin premura,
bronceado en la espera y la hermosura,
de puntillas oteas mi regreso.

Es tu abierta mirada como un beso
que me lleva en sus brazos por la hondura
del dolor, la piedad y la ternura
donde el hombre se aprende, y todo eso.

Todo “eso” que aquí en Torreciudad
se ve desde tu altura, en claridad,
y que he de confesar, aún siendo fiero.

Ya sin peso, me volaré a tu cedro
y te diré en la cara, nuevo Pedro,
setenta veces siete que te quiero.

El tiempo en tu mirada

El cronos es el tiempo de la suerte,
la distancia de un dardo y su final,
el eterno retorno, que da igual,
un reloj con el cual entretenerse.

El kairós es, en cambio, tiempo fuerte,
es la hora de gracia en la señal,
en un cruce de vías es crucial,
un instante, tal vez, y no perderte.

Cristo vivo en el bronce, fotograma
incorrupto, perenne, del que ama,
de la entrega al extremo de tu "hora".

Detén el tiempo en tu mirada mística,
que me haga comprender con fe eucarística
mi vida en tu kairós ya desde ahora.

Me miras

Me miras desde el cielo fijamente,
al quererme taladras lo profundo,
deseas trasladarme todo un mundo
como a aquel joven rico sonriente,

como a Pedro, a Santiago, a san Clemente,
a Marta y a María, a san Facundo,
a Clara y a Teresa, a san Raimundo,
a san Josemaría y san Vicente.

Mes pides ser Tú el cauce, el dirigente
del río de mi vida en sí rotundo,
que seas Tú por mí cuando fecundo
las riberas del tiempo y del ambiente.

Oh secreto mirarte, Cristo hombre,
llegar a entimismarme, ver Contigo
si a donde van tus ojos me dedico.

(Rehusó tu mirada el pobre chico,
secáronse sus ojos como ombligo...
qué triste no saber siquiera el nombre).

Vivencias de un peregrino

Sonaban los pendientes de la Virgen,
eran cinco en la tarde, las campanas.
Los ángeles, palomas del lugar,
parecía que en último murmullo
ocupaban su sitio en el retablo.

La Iglesia toda entera estaba allí:
La Madre con Jesús y su Vicario,
un obispo, un cura, un abogado,
Catalina de Siena por la entrada,
la iglesia militante en los soldados,
purgaban las estrellas como cardos
y, debajo, entre líneas, peregrinos
de rostro arrodillado.

Esperaba la Virgen observando.
Sabía de sus viajes, de su historia,
de esto que rezaban o dolía
por las acequias del alma y la familia.
Sus románicos ojos, sus enormes
brazos de explanada
habían acogido la esperanza
de que allí algo grande les pasara.

Las cinco en punto eran
y Dios sacramentado que inhabita
el inmenso sagrario de ladrillo,
oculto en la custodia del retablo
se haría ostensiblemente blanco
de todas las miradas.

Ya la Virgen, los ángeles, los santos,
las notas femeninas del teclado,
melodías de flautas y gargantas
se iban *in crescendo* hacia la bóveda
y bajaban amor acumulado.

El arte en alabastro,
el arte en la oración,
el arte de la música en las venas
el arte de un poema en su interior.

De pronto, aquel silencio del Calvario...
La música callada, el alma y Dios

Religioso era el aire, Dios pasando,

y en suave roce de albas e incensario,
os ojos adoraban al Altísimo;
espera emocionante hasta el milagro.

Pange lingua ¡Era la señal!
Y estalló un clamor pentecostal
de lenguas que poblaban con su fe
la nave innumerable.
Era el Cuerpo de Cristo rodeado
de brillos diamantinos y cristal,
de diamantes y de,
de claveles de aromas y de incienso,
de miradas orantes trepadoras
que formaban aurora boreal.

En la nube de amor flotaba el alma
al compás de rosarios de cariño.
El tiempo detenido y el fervor
en el halo invisible de sus rayos,
entraban y salían bendiciones
en mutua confianza cielo y tierra.
Misterio de la Luz en teofanía.

Allí flotaba el alma, en la nube
de amor, con Dios delante.

Después se Lo llevaron en mantillas,
como una madre guarda su tesoro,
a la cuna del gozo y la piedad.

A solas ya con Ella, *Salve Madre*.
El canto fue erizando los recuerdos
y asomaron las lágrimas antiguas
de cuando éramos niños y los sábados
marianos...

La luz se fue apagando poco a poco,
sin ganas de marcharse del brocal.
Un regusto de ocaso resistía
en las ánforas limpias de las almas
que tenían que irse, que se iban,
a llevar esa luz como testigos.
Los ojos, sin embargo, se quedaban
volviendo a despedirse, otra mirada.
Aquel atardecer anaranjado
de Dios inolvidable...

Allí quedó la Virgen permanente,
sentada en la memoria de aquel viaje.
La torre levantada era su brazo,

vencejos se agitaban despidientes
de aquellos amadores peregrinos
que iban a volver donde está el cielo
unido con la tierra en su llamada.